

EL CAMPO INTELECTUAL DE LA EDUCACION EN COLOMBIA**Jorge Orlando Castro V.**

Estamos avocados a nuevas lecturas y escrituras de nuestros discursos y prácticas educativas ya sean de carácter individual o colectivo, y más aún, a la necesidad de reconocernos menos al interior de segmentos disciplinarios que en campos de problemáticas abiertas caracterizados por la pluralidad, los descentramientos, la desterritorialización y los procesos de individuación. Tal es la sugerencia del libro del profesor Mario Díaz, académico e investigador de la Universidad del Valle titulado “El campo intelectual de la educación en Colombia”⁴⁹. Libro esencialmente polémico con respecto a los discursos disciplinarios, especialmente el de la sociología de la educación, el texto del profesor Mario Díaz explora una escritura que sin renunciar a un requerimiento académico motivado por una cierta rigurosidad y densidad en la exposición, tan característica en sus escritos anteriores, busca incursionar en una escritura pública que muestra los avances del autor con respecto a la construcción de una gramática descriptivo-analítica que permita dar cuenta de los acontecimientos pedagógicos y educativos ocurridos en la década del 80.

Desde otra perspectiva, el libro del profesor Díaz sugiere una vez más la posibilidad de repensar el debate actual entre educación, pedagogía y modernidad. Repensar, en un sentido fuerte, implica transformar el escenario para lograr otro sentido de lo dicho desde las posiciones que ocupan instituciones, sujetos y discursos, proponer una mirada diferente para avanzar en una analítica interesada en los procesos de producción discursiva, pero también en el régimen de reproducción y/o transformación de la cultura; repensar para el caso que nos ocupa, busca incitar a la controversia desde una exposición conceptual que interroga sobre las posibilidades mismas del intelectual de la educación. La categoría central para llevar a cabo este “giro interpretativo” de las relaciones entre educación, pedagogía y modernidad será la de *Campo Intelectual de la Educación (dE)*.

Entendido como un “campo relativamente complejo de acción discursiva en el cual un grupo o grupos de intelectuales crean, modifican o cambian ideologías, teorías y prácticas en el proceso de producción del discurso educativo”, el CJE se nos presenta como un escenario de luchas internas, como un espacio de transacciones simbólicas entre grupos de intelectuales en tensión permanente por asumir posiciones discursivas hegemónicas. El autor recalcará que el CJE no es la sumatoria de nombres específicos sino sistemas de fuerzas, terreno y encrucijadas de prácticas políticas cuya descripción se debe dar en momentos históricos determinados. No en vano, el libro dedica un espacio significativo tanto al contexto socio-histórico en el cual emerge el CIE como a la descripción de las nuevas posiciones teóricas y metodológicas surgidas durante la década del ochenta. En este sentido, la noción de CJE es esencialmente estratégica, en tanto que es una herramienta conceptual que permite dar cuenta de la irrupción, en el ámbito colombiano, de múltiples discursos educativos y modalidades pedagógicas surgidas en los últimos años.

⁴⁹ DIAZ VILLA, Mario. *El campo intelectual de la educación* (Cali: Textos Universitarios. Universidad del Valle, 1993), 263 p.

En su reflexión sobre el CJE, Díaz vislumbra además un nuevo tipo de intelectual. Para ello establece una diferenciación entre intelectual de la educación (intelectual profesionalizado, valga decir, aquel orgánicamente articulado a una red compleja de posiciones y funciones discursivas en diferentes campos) y profesional de la educación (caracterizado por un trabajo intelectual reproductivo y definido por el carácter intrínseco de su profesión —educar-educador—, transmisor de conocimientos). El autor insiste en la connotación del intelectual de la educación como aquel que tiene una gran autonomía intelectual, que hace parte de la “conciencia crítica del campo”, aquel que no tiene una adscripción disciplinaria exclusiva y que puede cumplir dos funciones específicas: una, de estructuración de discursos de posiciones críticas y discursivas, y otra, tecnocrática en tanto que se vincula al desarrollo del sistema educativo.

Por su parte el CJE establece relaciones con su contexto social y más específicamente con otros campos. En particular interesa señalar sus relaciones con el *campo pedagógico* (campo estructurado por la reproducción discursiva) y el *campo de recontextualización* (campo que regula y fija los vínculos entre el contexto primario de producción discursiva y el contexto secundario de la reproducción en el campo pedagógico). Cabe anotar que al interior de este último existen dos subcampos: uno de recontextualización oficial (regulado directamente por el Estado) y otro de recontextualización pedagógica (conformado por agentes, posiciones y prácticas como los dptos de educación, las facultades de educación, etc.).

Intercalando exposiciones conceptuales con presentaciones descriptivas, el autor a través de nueve capítulos reconstruye el escenario en el cual irrumpe el Campo Intelectual de la Educación en nuestro país y esboza principios y categorías de análisis para avanzar en la reconceptualización de la relación educación, pedagogía y modernidad. En este esfuerzo por avanzar en una caracterización de las condiciones en que emerge el CIE en nuestro país, el autor señala cómo la reflexión pedagógica y la valoración de los estudios sobre el maestro, sobre la cultura, sobre la historicidad del saber pedagógico, unido a la búsqueda de alternativas y modalidades investigativas variadas, implicaron un desplazamiento de la hegemonía que con respecto al campo educativo tenía la sociología de la educación. Díaz señala aquí un quiebre caracterizado por la irrupción de nuevos lenguajes y modalidades de comprensión, la aparición de una diversidad de tendencias que de una u otra forma constituyeron el soporte para la configuración del *campo intelectual de la educación*. Campo intelectual que no supone un eje unificado de intereses disciplinarios, sino más bien un campo fragmentado de proyectos teóricos y programas investigativos, que en algunos casos coexisten con programas hegemónicos de Estado.

Una vez contextualizadas las condiciones en las que el campo intelectual de la educación emerge en Colombia (décadas del 60 y 70), el autor hace referencia a los intentos clasificatorios de los discursos generados durante la década del 80: Gantiva (1987), Vargas (1990), Martínez (1990) y Zuluaga (1990), intentos que a su vez proponen una categorización propia para dar cuenta del ámbito pedagógico. Reconociendo la existencia de una nueva gramática social del discurso sobre la educación, los efectos de lo que ha dado en denominarse la regionalización de la cultura y la relevancia que ha adquirido lo pedagógico como punto común de discusión e investigación, Díaz procede a una descripción de las formas críticas de reflexión y acción acerca del discurso, la práctica y los contextos pedagógicos, analizando primero el discurso etnográfico, en tanto saber crítico que llama la atención sobre los actores sociales, en seguida, el proyecto de reconceptualización

habermasiana que busca replantear las relaciones entre conocimiento y comunicación, liderado por el grupo de intelectuales vinculados a la Universidad Nacional; posteriormente, la perspectiva disciplinar sustentada por Olga Lucía Zuluaga y el grupo Historia de la Práctica Pedagógica en Colombia y por último, su propia teoría del discurso pedagógico en la cual concibe la pedagogía como dispositivo de transmisión cultural.

El libro termina con una reflexión que bien podría colocarse de subtítulo a todo el texto: "Pedagogía y Modernidad en Colombia". Mínimo reconocimiento a la preeminencia que en el libro adquiere lo que el mismo autor denomina como el *giro pedagógico* y su incidencia en la ampliación del espectro educativo, en la sustitución de explicaciones macroestructurales por formas de exploración, descripción e interpretación variadas, en la configuración de un dispositivo de movilización hacia un proyecto social y cultural alternativo como ha sido el Movimiento Pedagógico, pero ante todo en la consolidación del Campo Intelectual de la Educación. Quizás como lo anuncia Díaz ya en las últimas páginas, debido al auge de las tecnologías de la comunicación y las transformaciones generadas en las formas de producción, organización social y cultural, unido a la consecuente pedagogización de la vida cotidiana en tanto proliferación de dispositivos pedagógicos que no obedecen necesariamente a la forma escuela, debemos enfrentar el reto de articular las acciones colectivas del campo intelectual y el campo pedagógico. Requerimos para ello de una nueva mirada sobre lo educativo, y en particular sobre el papel del conocimiento en la vida social, su organización, distribución y difusión. El intelectual de la educación, afirma Díaz, debe avanzar en una perspectiva crítica que acentúe en la descripción de nuevos modos de ver y reflexionar acerca de lo pedagógico, los maestros y la cultura. Esto implica que en la discusión sobre el campo intelectual de la educación no se deje al margen una reflexión sobre el "campo pedagógico", lo cual exige de paso, reconocer en el discurso pedagógico algo más que un papel reproductivo. Al parecer la nueva dimensión dada a la pedagogía en tanto dispositivo constante de mediación implique no tanto el olvido de un saber o de un sujeto, sino la necesidad todavía vigente, de una reconstrucción del maestro, una reconceptualización simbólica de los espacios pedagógicos y una recuperación permanente de su saber.

